

—Señora Damiana, dijo, advertid que cuanto habeis hablado es un falso testimonio de que tendreis que dar cuenta. Aunque pecador, no merece mi conducta calificarse de desenfrenada, ni en el asunto de esa criatura que llevais en los brazos tengo parte alguna; os lo aseguro con sentimiento, pero.....

—¡Habrás visto desvergonzado como él ¡aun se arrepiente de no ser autor de semejante desacato, si acaso hubiese alguna duda en ello! Cuando digo que mereciais llevar coraza con llamas en el próximo auto de fé.

—Si me hubiésteis dejado concluir hubierais visto que no queria decir eso, mas por Dios os juro.....

Y en esto quedó el pobre atarugado sin llevar trazas de seguir adelante, agotada su energía por tan supremo esfuerzo, á no acudir el capellan á socorrerle diciendo:

—Dejaos de juramentos, que ninguna necesidad hay de ellos para justificaros, yo hablaré á la priora y abonaré vuestra causa como debo: y vos, continuó dirigiéndose con severidad á la hortelana, tratad de cumplir con lealtad el cometido de que os habeis encargado, y no calumnieis á quien solo merece alabanzas. Deo gracias recogiendo á ese ángel inocente, ha evitado la ejecucion de un crimen horrible, y solo debe considerársele como un instrumento de que la Providencia se ha valido para realizar sus altos juicios.

—Pues señor, insistió la nodriza, vuestra merced tendrá razon, pero yo digo que el señor Perez no es tan bueno como parece.

—Ea, cepos quedos, repuso el vicario, tenga modo y tome ligera la puerta, si no quiere que yo la impida volver á poner los piés en esta casa.

Dicho esto el capellan y desalojada la hortelana de la sacristía, entróse aquel á conferenciar con la superiora á fin de resolver la conducta mas prudente que debia seguirse con la infortunada espórita y poner al demandadero en el lugar que merecia. Ya la priora habia dispuesto se recogiese y guardase la envoltura cuidadosamente, por si algun dia pudiera servir de comprobante del origen de la niña, y hasta unos papeles que por inadvertencia en el fondo del azafate venian, con objeto de acomodarle mejor al uso que se destinaba, nivelando sus desigualdades y dándole mas blandura, se unieron á las demás prendas despues de reconocidos por el capellan, que no pudo descifrarlos por hallarse escritos en idioma para él desconocido. En cuanto al modesto sacristan no hubo necesidad de esfuerzo alguno para sincerar su buen proceder, pues nadie le habia puesto en duda.

A la mañana siguiente, algun tanto repuesta la recién nacida del sueño letárgico que se advirtió en ella al descubrirla, sin duda causado por algun narcótico que se le administró para evitar su llanto, fué bautizada con el nombre de Cecilia, santa que rezaba la Iglesia el dia que fué conducida al convento.

II.

Cerca de siete años habian pasado, y Deo gracias continuaba sin alteracion desempeñando los cargos indefinibles y ambiguos que le estaban encomendados en el monasterio de San Pascual. Contemplémosle un momento en el ejercicio de sus funciones, interin se hacen lugar sucesos de mas importancia.

Se encuentra en la actualidad machacando almendras dulces al lado de un fogon de grandes dimensiones, en cuyas dos hornillas, sobre un abundante fuego de carbon,

SEGUNDA SERIE.—1865.

hierven dos peroles, uno provisto de confitada de membrillo, otro con agua y azúcar clarificándose para recibir la pasta de mazapan confeccionado por el inteligente demandadero, pues en esto de dar punto á un almibar ó aderezar una conserva no habia quien le aventajase. Digamos algo tambien del traje de nuestro conocido, puesto que aseguran es la ropa reflejo exacto de la persona. Viste ropilla, gregüescos y polainas, todo de color gris, sin duda por reverencia al santo hábito franciscano; un amplio mandil de lienzo cubre su persona desde el cuello hasta los piés, y lleva la cabeza cubierta con un gorro rayado horizontalmente de azul y blanco. Cual mariposa aprisionada por inadvertida lejos del pensil que la dió nacimiento, una lindisima niña travesa y juega al rededor del sacristan trastornando la numerosa espetera, y llevando la confusion y el desorden hasta el extremo de hacer suspender su tarea al concienzudo Perez, ya para reñirla apaciblemente, ya para estasiarse en la contemplacion de su donaire infantil aun á riesgo de ver quemada, descuidando el manejo de la espumadera, la confitada que preparaba con tanto esmero. Y nadie estrañe la distraccion de Perez, que era irresistible el atractivo de la niña. Nunca las delicadas acuarelas de Lawrence y Brighton produjeron semejante dulzura de líneas unida á tan agradable armonia de tonos y colores, pues aquel rostro angelical donde el alabastro y carmin se disputaban la preferencia, ornado de cabellos á quienes el oro prestaba su reflejo y la seda su tersa suavidad, animado por dos ojos de un azul limpio como el del zafiro de Oriente, no está en lo posible haya sido imaginado por hombre alguno.

Llevada de su pueril antojo habia la muchacha reunido gran número de cacerolas y marmitas, y subida sobre un banquillo las colocaba unas sobre otras, con idea de formar una torre tan alta como le fuese posible, cuando he aquí que al coronar su obra con una chocolatera de cobre, pierde su nivel el edificio, cayendo á tierra con horrible estrépito, sobresaltando á Deo gracias en lo mas delicado de su operacion.

—¡Cáscaras! Dios me perdone, exclamó éste enarbolando la espuma era, que pensé te habias caído en la artesa grande ¡qué revoltosa estás hoy, Cecilia! sálte de aquí luego, que si no creo que todo lo voy á echar á perder por causa tuya: ya me parece se ha quemado este almibar.

—Pues deme vuestra merced una almendra.

—¡Golosilla! cuatro agarapiñadas te daré si me cantas aquella tonada tan bonita que te ha enseñado sor Purificacion.

—Está bien, pero calle vuestra merced con ese mortero, que hace un ruido tan fastidioso.

Obedecida la niña, entonó con su vocecita, armoniosa como los acordes de un arpa cólica, la siguiente cancion popular, llena de sentimiento y poesia, aunque algun frio Aristarco no la encuentre rigurosamente ajustada á las reglas del arte.

Camina la Virgen pura
Caminito de Belen
Llevando el niño en sus brazos
Fatigado por la sed.

—No pidas agua, mi vida,
No pidas agua, mi bien,
Que los rios van muy turbios
Y no se puede beber.—

Allá arribita, arribita,
Hay un lindo naranjé,

AÑO XXIII. 21

Que un pobre ciego le guarda,
 ¡El Señor vista le dé!
 —Ciego, déme una naranja
 Para el niño entretener.—
 —Tómela, señora mía,
 Tome las que ha menester:—
 Luego que la Virgen marcha
 El ciego ha empezado á ver.
 —¿Quién es aquella señora
 A quien debo tal merced
 Que ha dado vista á mis ojos
 Y á mi entendimiento fé?—
 La Madre de Dios ha sido
 Y el Hijo de Dios tambien.

—¡Bueno, bueno! exclamó Deogracias estregándose las manos de júbilo, apenas concluyó su canto la graciosa niña, ahora toma las almendras prometidas, y vete á decir al hortelano que te dé flores para adornar el altar en la funcion del domingo.

—Si, sí, y tambien le pediré algunas ramas de sálvia para que vuestra merced tome por las mañanas la tacita de agua que tan bien le sienta.

Y saltando de alegría, seguida con la vista por el demandadero, desapareció la muchacha, en quien no dudamos habrá reconocido el lector la recién nacida abandonada en la plazuela de Jesus.

En estas y otras escenas semejantes se deslizaba el tiempo tranquilo y sosegado para los moradores de aquella casa, y al paso que los encantos juveniles reemplazaban en Cecilia á las gracias de la niñez, crecía en ella el cariño filial que profesaba al primero que la recogió cuando la desechaban los que debieran acogerla. Tenia, en verdad, fundamento el afecto de la esposa hácia su salvador, pues entre cuantas personas la rodeaban era la mas acreedora á su tierna simpatía, por los incesantes cuidados que la tributó desde el principio, á que ella correspondió dándole en cambio todo el tesoro de amor de que su alma estaba henchida. Para el pobre sacristan fueron las primeras sonrisas de la criatura abandonada: el humilde servidor se desvelaba por la niña cuando su llanto importunaba á la asalariada nodriza, y mas adelante los inverosímiles é inacabables cuentos del sencillo demandadero distraían á la adolescente afligida por los desahogos de mal humor de la indigesta hortelana; ó á veces culpándose á sí mismo, sufría resignado la severa reprimenda merecida por alguna travesura de Cecilia, gozoso con separar de su tierna protegida el castigo á que se habia hecho acreedora. No es esto decir que dejara de ser atendida y cuidada con esmero por las santas mujeres entre quienes encontró abrigo su desamparo, pero abstraídas en la vida contemplativa, era mas bien cada cual un dechado de virtudes religiosas que á propósito para compartir las apasionadas emociones del corazon, muy ansioso de ellas en la primera juventud. Bien hubiera podido la superiora, que consagró á la educacion de Cecilia incesante solicitud destinándola á tomar el velo cuando su edad lo permitiese, bien hubiera podido, decimos, ser digna confidente de la jóven, atendida la prudencia é instruccion sólida que adornaban á tan caracterizada senora, si el aire penitente y austero de que se hallaba revestida, no la hubiesen cortado mas digna de profundo respeto que de la inocente familiaridad que al arrinconado Deogracias prodigaba la hermosa doncella. Pronto sobrevino gran tropel de impensados infortunios que pusieron á prueba el mútuo afecto de uno y otro individuo

al ser lanzados, mal su grado, en las borrascas de la vida, sin otros parientes ni valedores que el reciproco auxilio que prestarse pudiesen.

III.

Durante los sencillos acontecimientos que hemos procurado bosquejar, se habian verificado sucesos importantísimos que traian conmovida la Europa entera, y aun llevaron su influencia á las apartadas regiones del Nuevo Mundo.

El enfermizo Carlos II murió en 1.º de noviembre de 1700, dejando por su testamento heredero de los dominios españoles á Felipe de Borbon, duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia. Aceptado por éste la última voluntad del difunto soberano, notifica á los principales gobiernos la elevacion al trono del nuevo monarca, y todos se apresuran á reconocerle, escepto Leopoldo de Alemania, que juzgando menoscabados los derechos de su familia, apresta las armas para sostenerlos. Bien pronto se declaran en favor suyo, asustados por la idea de que algun dia pudieran reunirse en una misma cabeza las coronas de España y Francia, aquellos mismos Estados que no esquivaron reconocer á su rival, poniendo en grande aprieto al rey francés y su jóven protegido la proclamacion del archiduque, hijo segundo del emperador, bajo el nombre de Carlos III, como legítimo propietario de la herencia disputada, en cuantós sitios dominaban los ejércitos de Alemania, Inglaterra, Portugal, Holanda y Saboya. Las provincias de España se declaran por uno ú otro de ambos contendientes con el encarnizamiento propio de las guerras civiles, y á vuelta de mil sucesos encontrados, que no son de este lugar, Felipe, apellidado con justicia el Animoso, sufre cerca de Zaragoza una sangrienta derrota en 20 de agosto de 1710, que franquea á sus enemigos el camino del interior de Castilla y las puertas de Madrid, donde penetra lord Stanhope al frente de una considerable division de tropas aliadas, precediendo al archiduque, que verifica su entrada solemne en 28 del mismo mes, ejerciendo actos de soberanía en la capital del reino. Emperó el vencido monarca, apelando á la lealtad de sus parciales, les comunica el valor de que se hallaba poseido, y los pueblos del Centro y Mediodia de la Peninsula corresponden á su confianza presentándose voluntarios á centenares ansiosos de completar los desorganizados regimientos; al paso que los ganaderos de Andalucía y Estremadura ofrecen gustosos esfimados potros y preciados caballos de silla con objeto de formar en breve plazo los bizarros escuadrones que andando el tiempo habian de dar en Villaviciosa el golpe de gracia á la causa del nominado rey Carlos. Ni aun en el centro de su ejército podia considerarse seguro el pretendiente austriaco, pues sin contar la notoria hostilidad que hácia él manifestaba la poblacion madrileña (1), numerosos cuerpos de guerreros amaestrados en las lides de sorpresas y golpes de mano, tenian á su campo como bloqueado, interceptando convoyes y comunicaciones, sin conceder un punto de vagar á los soldados extranjeros, poco á propósito para tales campañas. Como uno de los jefes de mas pericia entre los partidarios

(1) Las meretrices de Madrid acordaron en estas circunstancias prodigar gratis sus emponzoñadas caricias á los soldados invasores. En cincuenta dias que permaneció el ejército en la capital, contó diez mil bajas á consecuencia de tan infernal combinacion. No conocemos, ni creemos exista en la historia, un caso de igual especie.

de Felipe, se contaba don José Vallejo, coronel de dragones, que dejó el de Borbon, conociendo su acreditada intrepidez, entre Madrid y Guadalajara, con objeto de hostilizar mas de cerca á los aliados. Y á fé que su esperanza se veria satisfecha al saber que el diestro guerrillero presentándose con su gente en los llanos de Alcalá, habia derrotado á tres mil ingleses que salieron á encontrarle con Stanhope á la cabeza, no dándoles respiro hasta verlos encerrados dentro de la capital. Entonces fué cuando estos hombres desfogaron su cólera, impotente contra los jinetes de Vallejo, atropellando débiles mujeres, paisanos indefensos, trémulos ancianos, profanando los templos á guisa de salteadores y robando los vasos sagrados y ornamentos, que habian de presentar al dia siguiente en pública venta por las calles y plazas cual objetos de licito comercio. El convento de San Pascual, como situado al paso de la soldadesca enfurecida, fué uno de los edificios que padecieron mas graves desacatos en aquella ocasion, contándose entre las siervas de Dios que le poblaban algunas que sellaron con el martirio su fidelidad á los votos pronunciados al separarse del mundo.

Cuando Deogracias presencié el comienzo de las horribles escenas que amenazaban proseguir en periodo ascendente, temió por Cecilia como era justo, pues no se le ocultaban los peligros á que la esponia su belleza en un lugar donde los foragidos, como enemigos de la Iglesia católica, harian alarde en cometer los mayores desafueros.

Luego que se convenció no podia evitarlos en manera alguna, corrió al punto á casa del hortelano, y sin contestar á las preguntas de la familia sobresaltada, asió bajo del brazo un cofrecillo donde se guardaba el corto equipaje de la jóven, y al mismo tiempo que empujaba á ésta hacia la puerta decia presuroso:

—Corre, hija mia; huyamos inmediatamente, si aun es tiempo: los herejes han penetrado en el santuario y las sagradas formas yacen arrojadas por tierra: tu dichosa inocencia te impide comprender el riesgo que te amenaza, mas por el amor que siempre habrás notado en mí, te conjuro á que me sigas pronto, si no quieres llorar toda la vida, que yo prometo morir en tu defensa si no puedo salvarte.

—¡Huir, señor! ¿pero adonde? ¿abandonar así á mis queridas madres?

—¡Dios las salve! nada podemos hacer por ellas.

—Yo puedo y debo sufrir la suerte que les haya tocado: en su compañía he vivido y á su lado concluirá mi existencia. Déjeme vuestra merced, que ya tardo en correr á buscarlas.

—¡Oh Dios mio, exclamó Deogracias levantando las manos al cielo, no permitais marche á su perdicion esta ovejuela sin mancilla! ¿No ves, desdichada, que las llamas empiezan á apoderarse del convento? ¿No oyes la feroz gritería de los soldados que celebran su obra de esterminio? Allí todo está concluido, pronto vendrán á este lugar, y entonces, Cecilia, ya no habrá remedio á tu locura.

Así era en verdad: á través de las celosias se percibia como un velo de fuego que teniendo con su luz rojiza la huerta y dependencias adyacentes, é interceptado de vez en cuando por los paredones que se desplomaban rebramando, hacia mas profunda la oscuridad de la noche, iluminada á ratos por el resplandor fatidico del incendio.

No habia tiempo que perder. La casa del hortelano, separada del cuerpo principal, aun se hallaba libre; el demandero conocia perfectamente las salidas, y Cecilia, con-

vencida al cabo, se dejó conducir por su leal amigo, que á fuerza de valor, astucia y sangre fria, (pues en las situaciones extremas de todas estas cualidades se hallaba adornado el señor Perez, que en nada se oponen á la sencillez de corazon) consiguió verse en campo abierto, donde pudo dar alguna tregua á los temores que por la doncella le habian atormentado.

IV.

Huian los dos fugitivos desacomodados de abrigo ni prevencion alguna, sin conocer senda ni camino, pues en materias topográficas tan inesperto era el varon como la niña, y lo que es mas, sin saber donde dirigirse ni llevar otra intencion en su marcha que evitar el encuentro de los numerosos destacamentos enemigos que se cruzaban á cada paso. Así caminaron algunas horas á la ventura encontrándose por fin á orillas del Jarama, cuyas márgenes siguieron en busca de sitio habitado que les pudiese servir de amparo, hasta que alumbrados por la naciente aurora, y figurándose por lo inculto y solitario del campo no encontrarían allí lo que buscaban, volvieron sobre su huella y se apartaron de la ribera internándose por el despoblado, siempre con la esperanza de hallar donde guarecerse y tomar respiro. Pero la fatiga crecia á medida que el sol se elevaba sobre el horizonte; el andar de la niña, á pesar de ir apoyada en el brazo de Perez, era cada vez menos seguro, y Deogracias abrumado con el peso del guardaroopa de Cecilia, fallecia de cansancio por mas que aparentase frescura y seguridad. De repente la jóven, herida su planta por los casquijos de un repecho que trataban de remontar, sentóse desfallecida, y mirando con tristeza á su compañero:

—No puedo mas, señor Deogracias, le dijo; abandone vuestra merced á esta infeliz y no se obstine en participar de la mala estrella que me persigue: he procurado hacer cuantos esfuerzos ha estado en mi mano por no afligirlos; pero el aliento me falta, la sed me ahoga y tengo los pies destrozados. ¡Ah, señor, veo estais temblando como yo! ¿Qué será de nosotros!

Y al decir esto rompió la doncella en un torrente de lágrimas que llenaron de amargura el corazon de Perez, haciéndole olvidar las propias desdichas apenándole solo las de la jóven.

—No te dejes dominar por el desfallecimiento, la contestó procurando disimular su congoja; considera que tenemos un padre misericordioso, que solo nos envia los males para nuestro mayor bien y experimentar la constancia que oponemos á los trabajos de la vida. Segun las señales que advierto en estos campos, no puede hallarse distante alguna granja ó poblacion; quédate aquí, mientras yo me alejo á demandar por el amor de Dios algun socorro; en tanto conserva la fé, hija mia, que el Señor proveerá.

Partió ligero Deogracias animado con la esperanza de socorrer á Cecilia, dejándola sumida en el mayor sobresalto que jamás habia experimentado durante su pacífica existencia: oraba fervorosamente por el hombre bondadoso que tanto padecia por ella, pues no se la ocultaba lo fácilmente que hubiera éste hallado asilo dentro de Madrid en la noche anterior, sin el embarazo que le ocasionaba su persona, y á medida que su ruego subia al empyreo cual agradable y suavísimo perfume, el afanoso demandero alegraba su espíritu á la vista de una hermosa y cultivada pradera sombreada por copudos álamos y esmaltada

de variadas flores, entre las que algunas colmenas servían de emporio á otros tantos enjambres de industriosas abejas, pruebas todas de cercano caserío. Aun tuvo el explorador que andar algun terreno antes de que recrease sus oídos la ruidosa algarabía que formaban, en competencia con los jilgueros y ruiseñores de la enramada, una porción de jóvenes mujeres solazándose por el soto. Siguió adelante Perez en alas del deseo, y á la revuelta de un pequeño montecillo vió palpable la causa del agradable tumulto que antes habia escuchado. A orillas de un claro y trasparente manantial, que saltando de peña en peña caía en el valle murmurando contra los rústicos guijarros que descortesemente interceptando su paso le obligaban á dar infinitos rodeos, se hallaba sentada una muy apuesta dama en traje de caza, acompañada de otras tan donosas como ella, asistidas de varias criadas que las servían un ligero desayuno sobre la verde alfombra de mullido césped. Un respetable anciano, cuyo noble origen se traslucía desde luego sin mas que reparar la grave afabilidad de su aspecto, conversaba reposadamente con otro amigo contemporáneo, sentados ambos sobre un tronco derribado cerca de la femeníl cuadrilla.

Acercóse Deogracias dándose la enhorabuena por haber llegado en ocasion que las personas á quienes iba á dirigir su demanda debían hallarse favorablemente dispuestas á recibirla, y juzgando á la graciosa cazadora como de superior clase é indole mas compasiva que la de otra cualquiera, inclinado con humildad ante ella dijo estas ó parecidas palabras:

—Noble señora; una niña, hermosa como vuestra señoría y sin par en lo desdichada, yace cerca de aquí desfallecida por la fatiga: os suplico en caridad, tengais á bien darme algun resto de las provisiones sobrantes, y licencia para llevarla un poco de agua en ese búcaro que al presente no habeis menester, con que socorra la infeliz su necesidad y pueda continuar en busca de puerto seguro: así Dios os dé fortuna en cuanto pongais intencion.

—Vaya lejos de aquí, el mendigo, contestó la dama con el mayor desprecio, al mismo tiempo que su mano de azucenas arrojaba un sabroso alon de pollo á un gozquecillo que jugueteaba en su falda: es cosa insufrible, continuó, hablando con las que la rodeaban, que en ninguna parte ha de verse una libre de importunos pordioseros. Padre, habeis de dar orden para que no se permita parar en nuestras tierras ninguno de estos vagabundos. ¡Que preste mi vaso para que ellos beban! añadió encolerizándose á medida que hablaba; á fé mia que el autor de la proposicion era digno de que le mandase moler á palos si no fuese porque su ruin calidad le hace incapaz de causarme ofensa.

—Niña, niña, prorumpió el anciano atajando aquel torrente de inhumanos improperios ¿dónde has aprendido á negar en esos términos una limosna pedida en nombre de la caridad? Al oír tus crueles palabras haces que me avergüence de la excesiva condescendencia que siempre he usado contigo. Sabe desde ahora, que cualquier necesitado tiene derecho á reclamar no solo el sobrante de nuestra mesa, sino el auxilio y proteccion que le debemos de justicia en sus trabajos, tomando en cuenta la elevada clase en que hemos nacido.—Y vos, buen hombre, olvidad ese arranque de irreflexion y llegaos acá, me referireis vuestra cuita; en la confianza que os hallais en las posesiones y bajo el amparo del marqués de Somorostro, muy altivo siempre con los fuertes, pero en extremo propicio con los hu-

mildes. Ante todas cosas ¿no habeis dicho que cerca de aquí dejábais una doncella sola y destituida de socorro?

—Sí, señor: al convento que habitaba en Madrid le han prendido fuego las tropas del archiduque, y ella, huyendo en mi compañía, ha venido á caer desmayada, brotando sangre sus delicadas plantas, á corta distancia de esta pradera.

—¡Eso decís, amigo! corred sin perder momento, que un criado os seguirá con todo lo menester para remediar ese daño.... Aun que, esperad; nosotros tambien iremos, añadio levantándose y dirigiendo la palabra á su amigo; es una jóven la que padece y á fuer de caballeros debemos aliviar su dolor personalmente; en este punto soy de la opinion de nuestro Lope de Vega:

Que se debe respetar
Hasta el nombre de mujer.
Me cansan las villanias
De quien las hace desprecios,
Los pobres, feos y necios
Suelen tratarlas de harpias.
Por Dios, que donde no están
No hay verdadera alegría,
No tenemos compañía
Como la que ellas nos dan.

Si el viejo hidalgo hubiera vivido en la época presente, sin duda citára tambien estos inolvidables versos, una vez oídos, de don Ramon Campoamor:

Para el que noble con razon se llama
Es bella y tiene honor cualquiera dama.

Precipitando el paso cuanto permitia el tardo caminar de los dos ancianos, llegaron á donde llena de miedo aguardaba Cecilia la vuelta de su oficioso compañero, bien agena del cambio feliz que la esperaba, pues condolido el generoso marqués de su infortunio, ocasionado por los partidarios del austriaco, de quien él era acérrimo contrario, no solo dispuso se proveyese á la doncella de cuanto necesitara por el momento, sino que tambien ordenó fuese trasladada á la quinta cercana que habitaba en tanto dominasen en Madrid los aliados, quedando agregada á la servidumbre de su hija, con la que pasaria á la córte tan luego como estuviere libre de sus invasores, lo que sucedió á poco con gran satisfaccion de los madrileños.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número inmediato.)

LA BUTACA DEL CAPITAN.

La narracion que vamos á hacer no es un cuento fantástico, es una historia verdadera de cuyos personajes podríamos citar los nombres si para ello estuviésemos autorizados, y que es sumamente curiosa. En el reino de Valencia, en una hermosa quinta habitaban en 1824 dos ancianos militares retirados, coronel el uno de caballeria, y el otro capitán de navio. El coronel habia sido casado y ha-

cia diez años que era viudo, habiéndole quedado tres hijos de ocho que le había parido su mujer.

Jorge el mayor tenía diez y ocho años, María diez y siete, y Pepita diez y seis. Las jóvenes habían sido educadas en la quinta con maestros particulares que á mucha costa habían hecho ir allí. Jorge solo había permanecido en un colegio en Valencia donde había terminado sus estudios el año anterior, preparándose bajo la dirección de su padre para entrar en la escuela de Estado Mayor. Parecíanse extraordinariamente entre sí el hermano y las hermanas en lo rubio de sus cabellos y en la espresion y gracia de sus fisonomías. Lo más notable de aquellos tres rostros era la brillante blancura de la piel y la transparencia de sus azulados ojos.

El anciano capitán de navío había permanecido siempre solteron. Existía entre los dos hermanos cierta frialdad cuya causa era desconocida de todo el mundo, aunque muchos se hubiesen apercebido de ella.

El coronel y el capitán no se tuteaban, y se hablaban con extrema política.

—Buenos días, hermano, decía el uno por la mañana saludando al otro.

—Buenos días, hermano, respondía el otro.

Dábanse las buenas noches con la misma ceremonia. Jamás se les veía hablar juntos solos, aunque muchas veces se dirigían mutuamente la palabra en una conversación general; empero, entonces uno y otro evitaban con cuidado todo cuanto pudiese parecer una contradicción.

En cambio el capitán profesaba á su sobrino y á sus sobrinas el más tierno afecto.

Fácil era ver que éste era el solo vínculo de unión entre estos dos hombres.

Había perecido la amistad fraternal entre ellos de este modo. Su padre que era rico, les había dejado al morir una magnífica fortuna que se habían dividido exactamente. El capitán tenía entonces cerca de veinte y cinco años. Hacía dos que amaba á la hija de un rico molinero de una aldea, iba á casarse con ella, cuando una repentina real orden le obligó á embarcarse.

Era entonces guardia-marina.

Dos años duró su ausencia, y cuando volvió se halló á su novia convertida en su cuñada.

El marino no se quejó y perdonó aquella traición á su hermano, pero se compuso de modo que estaba siempre embarcado, no volviendo á tierra sino á largos intervalos y nunca por más tiempo que una semana.

La quinta había permanecido proindivisa entre los dos hermanos y por tácito acuerdo jamás habían querido venderla, dividiéndose las habitaciones.

La mujer del oficial de caballería habitaba allí y criaba sus hijos; pero respetando siempre con cuidado las habitaciones que se había reservado el marino y que permanecían cerradas durante su ausencia.

El coronel ascendió con valor por todos los grados hasta llegar al último, y se comprenderá por la época de guerra á que se refieren estos sucesos, que poco tiempo tendría para entregarse á los goces de la familia.

Era además un hombre apasionado, exaltado, á quien los azares de la guerra arrastraron á cometer grandes faltas.

Era jugador, y desde el año 1809 de todo su patrimonio solo le quedaba su parte en la propiedad de la quinta, propiedad común á los dos hermanos, y además su sueldo, que al retirarse en 1815 cambió por una pensión de retiro.

Cuando el capitán á su vez se retiró de la marina volvió á habitar la quinta y entonces lo supo todo.

—Te he perdonado el haberme arrebatado mi novia, le dijo al coronel, pero no podré olvidar que la has hecho desgraciada, que has disipado tu fortuna y la suya, en fin, que por culpa tuya ha muerto Teresa, tal vez de pesar, sin saber cual será la suerte de sus hijos. Esto es lo que pienso, te lo digo, y no hablemos más puesto que es preciso que vivamos bajo un mismo techo; mis rentas están á la disposición de usted desde hoy.

Me encargo de la administración de la casa, pero si muero antes, tus hijos únicamente serán mis herederos.

Y en efecto, no se habló ni una palabra más ya de este asunto entre los dos hermanos, que hasta 1822 vivieron en las condiciones que antes hemos descrito.

Uno de los caprichos del marino, era un paseo diario á molino, era como una especie de viaje á los dorados países de su juventud.

El molino era entonces propiedad de un aldeano.

Aquel hombre tenía un hijo llamado Filomeno de edad de diez y ocho años, de notable inteligencia y de una viveza de carácter bastante rara entre los labradores.

Aquel joven nacido para otra sociedad, había recibido una mediana educación en la escuela de la aldea y con la lectura de los libros que había podido procurarse.

Era como una especie de director del molino en donde habitaba, todo trabajo mecánico y manual.

En aquel molino habían sido los primeros amores del capitán, es decir, que hallaba en él gratos recuerdos. Tomó grande afecto á Filomeno á quien hizo ir muchas veces á la quinta y concluyó por tomarlo por su secretario particular.

El joven fué su confidente íntimo y hasta en cierto modo su mayordomo.

El anciano marino le confiaba su situación pecuniaria que por desconfianza de su hermano ocultaba cuidadosamente á toda la familia.

El coronel viendo que se sospechaba de él, y con razón, tenía la suficiente delicadeza para no mostrarse resentido con aquel joven.

En cuanto á los niños no veían nada injurioso en aquella confianza dispensada á un extraño.

María, Josefina y más tarde Jorge, aunque con una cierta reserva, hicieron del joven molinero un amigo ó más bien un compañero.

La más fraternal familiaridad reinaba entre él y las dos niñas, y fué preciso que ocurriesen unos terribles acontecimientos para que se pudiese sospechar que otro sentimiento más tierno había existido entre él y María, sin saberlo el uno y la otra.

Hacía ocho meses que el capitán sufría ataques de gota estremadamente violentos, y no abandonaba la butaca con ruedas en que tenía costumbre de sentarse hácia muchos años.

Haciase llevar en su butaca desde la chimenea de su cuarto hasta el comedor, y desde allí hasta su despacho.

—¡Vaya un mueble viejo, cuyas dulzuras comienzo yo ahora únicamente á comprender! decía sonriéndose á sus sobrinos y á Filomeno, enseñándoles la butaca forrada de terciopelo verde. Ya esta silla era vieja cuando yo era un chicuelo, muchas veces he tirado al aire estos almohadones tan útiles á mi descanso. No olvideis mi vieja butaca cuando yo me haya muerto, añadía siempre, no la olvideis.

Ponia una cierta persistencia en esta recomendacion.

Un día hácia fines de julio, atacó al anciano un accidente de parálisis general, que le privó hasta del habla.

Solo en sus párpados y en sus pupilas, había conservado algun movimiento.

Toda su vida se hallaba concentrada allí, así es que el pobre capitán parecia querer con la mirada espresar mil cosas.

Murió, ó mas bien se apagó en su butaca despues de una semana de padecimientos, que debieron de ser muy crueles, á juzgar por la desesperada espresion de sus ojos.

Cosa estraña, hasta aquel momento el gasto anual de la quinta, había sido sobre unos cuarenta mil reales, lo que pudo comprobarse con las cuentas que había conservado Filomeno, y no obstante, no se encontró nada, absolutamente nada que pudiese indicar el capital de que procedían aquellas rentas. Era imposible, pues, hallar la fortuna del anciano marino: el mismo Filomeno no sabia nada.

El testamento del capitán concebido en tres líneas daba á Jorge, María y Josefina, todos sus bienes, empero sin indicar la cantidad, ni en lo que estos consistian.

Tal vez parecerá brutal y odiosa á nuestros lectores, la sospecha que concibió el coronel, pero es bueno recordar que la apreciacion que hemos hecho del carácter de Filomeno, es esclusivamente nuestra y fundada en el desenlace de esta historia.

Filomeno no era además para el coronel ningun estraño, y éste se hallaba estremadamente acongojado con su repentina ruina, que ponía á sus hijos á merced de la casualidad.

Despues de quince días de investigaciones, conjeturas é inútiles informaciones, se presentó la cruel necesidad de poner la quinta en venta, y sacar el partido posible de su terreno.

En vano se habían hecho pedazos los muebles, derribado los tabiques, y sondeado los techos, todo en vano.

—Caballero, le dijo el coronel á Filomeno, á quien había hecho llamar á su cuarto, ¿cree vd. que mi hermano tuviese un capital?

—No solo lo creo, sino que tengo certidumbre de ello, señor coronel: hace tres años que la cifra de los gastos revela con toda regularidad cuarenta mil reales, y que la regularidad de la época de los pagos, me prueban que el capitán tenía colocados sus fondos en algun banco ó casa de comercio.

—Pues bien, vd. era el confidente de mi hermano, su mayordomo, un otro él. Es imposible que no le hubiese dicho á vd. en donde tenía colocados sus fondos.

—Coronel, jamás me habló de eso ni una palabra.

—¿Responderá vd. eso mismo ante un juez? replicó severamente el coronel.

—Sí, señor, respondió el jóven poniéndose pálido, y puestó que ha podido vd., sospechar de mi probidad, doy á vd. la enhorabuena..... ó mas bien me la doy á mi mismo, añadió Filomeno con cierta amargura, de la resolucion que ha tomado vd. de acudir á la justicia. Con esto ya no podré ser objeto de acusacion alguna.

—Tenga vd. cuidado, señor mio, de que aunque la justicia no descubra nada, siga siendo mi opinion la misma.

—Caballero, replicó Filomeno, vd. está viejo y enfermo y en un estado de desesperacion que comprendo muy bien, pero es preciso no abusar de él. Seria preciso que su

hijo de vd., que es al menos de mi misma edad, me dijese eso.

Filomeno no volvió á presentarse mas en la quinta.

Intervino la justicia en efecto, pero á pesar de sus muchas diligencias, quedó el asunto tan oscuro como antes.

Filomeno fué preguntado y respondió sencillamente á todas las preguntas.

Fuélle preciso, cosa siempre horrorosa, explicar su posición y la de su padre, dando origen en la causa, de todos los movimientos de su fortuna personal.

Gayó en una profunda melancolia, y pasaba los días y las noches en coatemplar desde lejos, aquella mansion cuyas puertas le estaban cerradas.

El juez era uno de esos magistrados envejecidos en esta carrera en que la perspicacia es un deber de una práctica.

—Coronel, dijo el magistrado, se ha hecho todo cuanto había que hacer, y le aseguro á vd. que no resulta el menor cargo contra este hombre, añadiéndole á vd. que lo creo completamente inocente.

En el tránsito que en aquella tarde hizo el magistrado desde la quinta al pueblo inmediato, encontró á Filomeno sentado sobre un ribazo, mirando tristemente las luces que brillaban al través de las ventanas de la quinta.

—Jóven, ¿qué hace vd. ahí? le preguntó severamente el juez.

Filomeno se echó á llorar.

—Señor, trato de recobrar algo de mi perdida felicidad.

Nada tengo que hacer aquí, dijo para sí el anciano juez, los enamorados de esta especie no roban fortunas.

Pasóse un mes: la quinta había sido puesta en venta, y se habían presentado varios compradores.

Todo el mundo se hallaba triste en la quinta, pero principalmente María, la mayor de las dos niñas, que parecia irse consumiendo gradualmente de día en día.

Sucedió que una noche Jorge creyó haber oido ruido en el parque de la quinta: se levantó con precipitacion y á la claridad de la luna, vió un hombre que escalaba las tapias.

Goció una escopeta y bajó sin ruido.

Sabido es con que facilidad recorren las distancias los sonidos en la calma de la oscuridad.

El frote de unas hojas secas, un murmullo de palabras en voz baja, guió al hijo del coronel hasta un bosquecillo: separó poco á poco las ramas y vió á su hermana María sentada sobre un banco.

Un jóven se hallaba al lado de ella.

Jorge escuchó.

—¿No hay nada todavía? preguntó Filomeno.

—Nada todavía.

—Soñando y despierto estoy pensado siempre en donde podrá haber ocultado sus secretos el capitán.

—Aguardaremos, replicó María.

—Volveré mañana.

—Volved y veremos si habeis adelantado algo.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Filomeno.

Y sin que sus manos siquiera se tocasen, despues de una triste despedida hecha por un movimiento de cabeza se separaron los dos enamorados jóvenes.

Jorge quedó petrificado en su sitio sin poderse explicar

aquella entrevista que no tenia aire de una cita, y mucho menos las palabras que habia oido.

Sacóle de su asombro la detonacion de un tiro.

El coronel, que tambien se habia asomado á la ventana de la casa, habia disparado su escopeta sobre un hombre que habia visto escalando las tapias del parque, para alejarse de él.

Un grito de dolor y el ruido de la caída de un cuerpo pesado, fueron como el eco del tiro.

Un grito desgarrador aunque mas débil, se dejó oír como el eco del eco.

Jorge y el coronel habian corrido cada uno por un lado y se encontraron junto al cuerpo de Filomeno.

—Estoy herido y voy á morir, déjenme vds. hablar. En mi ardor por buscar la fortuna del capitán, muchas noches se me ha figurado verlo en sueños, y me prometía revelar-me un día el sitio donde ocultaba su tesoro, y creo que iba á descubrírmelo ya.....

Filomeno se desmayó.

Jorge y el coronel se miraron suspensos.

Sin embargo, con ayuda del jardinero, trasportaron al herido á uno de los cuartos bajos de la quinta, y uno de los criados fué á buscar un cirujano.

El coronel permaneció al lado del herido.

Hablando con su hijo despues, le manifestó que se le figuraba que habia en todo aquel negocio alguna astucia de ladrón, queriendo el desgraciado restituir sin comprometerse, imaginando aquellas apariciones en sueños del capitán, queriendo hacer á María, á quien amaba, su cómplice de buena fé.

Cerca del amanecer, despertando Filomeno como de un penoso sueño, contó á los que rodeaban su cama, que el capitán le habia revelado, que su fortuna se hallaba en la butaca donde habia estado siempre sentado, y sobre la que habia muerto.

En un abrir y cerrar de ojos, se descosió el tapiz y forro de la butaca, y entre la cerda de que estaba rellena, se encontró una inscripcion de cuarenta mil reales de renta al portador.

Un deplorable sentimiento de desconfianza atravesó por la imaginacion del padre.

A las observaciones que en su favor oponian sus hijos, y especialmente María, contestaba éste, que amando María á Filomeno, lo que pedía era salvarle de la vergüenza de un robo, insistiendo en que éste sabia de antemano donde se hallaban aquellos valores.

Al fin se persuadió de que, si el objeto de Filomeno hubiera sido el apropiarse el título, nada le hubiese sido mas fácil, en el mucho tiempo, en que aun despues de la muerte del capitán, frecuentaba la casa, pues la butaca vieja habia sido metida en un cuarto de trastos y maderas viejas, abierto y al alcance de todo el mundo.

Filomeno á fuerza de pensar en el mismo asunto, y con una idea día y noche siempre fija, habia recordado las últimas miradas del pobre enfermo á quien la parálisis habia paralizado la lengua.

Se habia registrado todo cuidadosamente y nada se habia hallado, y solo en el sueño en donde se han visto en muchas ocasiones aclararse secretos y misterios íntimos por medios que no es dado al entendimiento humano, ni á la ciencia penetrar, encontró la solución de lo que en vano buscaba despierto.

La intachable conducta y honrosos antecedentes de Filomeno, hablaron muy alto en su favor.

Algunos meses despues, María, la hija del coronel y de una molinera, se enlazó con un hijo de otro molinero, y vivieron mucho tiempo felices, habiendo vuelto á reinar en la quinta el bienestar y la abundancia.

El coronel creyó deber aprobar aquel matrimonio con un jóven que habia merecido toda la confianza y el afecto de su hermano, á quien él habia privado de toda su felicidad, casándose mientras él surcaba los mares, con Teresa, la hija del molinero su vecino y á la que habia consagrado todo su amor.

¿Qué es este mundo? Un sueño dentro de otro sueño. En proporcion que nos envejecemos, nos parece que nos despertamos á cada paso.

El jóven cree que se despierta del sueño de la infancia, el hombre formado desprecia, como vanas ilusiones, las aspiraciones de la juventud; y el anciano mira la edad madura como un sueño febril. ¿Es el sepulcro el último sueño? No, es el despertar supremo.

Diario de WALTER SCOTT.

MÚSICA DE SALON.

Una mujer de gran talento decia, «que oyendo los cuartetos de Haydn, creia asistir á la conversacion de cuatro personas. Se le figuraba que el primer violin era un hombre de gran talento de la edad media, de fácil palabra, y que en todas sus conversaciones era el protagonista. Representaba, segun ella, el segundo violin, un amigo del primero, que buscaba por todos los medios posibles hacerle brillar; muy raramente se ocupaba de sí, y sostenia la conversacion mas bien aprobando lo que decian los otros, que sosteniendo ideas propias. La viola era un hombre fuerte, sábio, y sentencioso, apoyaba los discursos del primer violin por medio de máximas lacónicas, pero llenas de verdad. En cuanto á el bajo, era una buena mujer un poco habladora, que á pesar de no decir gran cosa, queria, sin embargo, mezclarse siempre en la conversacion; tenia gracia, y mientras hablaba les quedaba á los otros interlocutores tiempo para respirar. Se veia, sin embargo, que tenia grande inclinacion por la viola, á la cual preferia sobre los otros instrumentos.»

Estas magnificas lineas se encuentran en las *Cartas sobre Haydn*, que Enrique Beyle, bajo un seudónimo, ha traducido de las de Carpani, publicadas en italiano pocos años antes. Lo que aquella mujer de talento (que no era otro que el mismo autor de las *Cartas sobre Haydn*), decia á propósito de los instrumentos que componen el cuarteto, se podría, con un poco de estension, aplicar á toda aquella música de salon, donde partes poco numerosas se responden, dialogan por decirlo así, hablan, se callan de pronto cuando no tienen el motivo que sostiene el tema que sirve de motivo principal mas que para apoyar y confirmar á su interlocutor; rara vez para contradecirle ó para mezclar alguna nueva idea. Mas si la comparacion es verdadera, ¿no podríamos reciprocamente volverla y decir: que la conversacion entre las personas amables y buenos amigos, debe semejarse en todo al diálogo de los instrumentos, los que no

busan brillar los unos á espensas de los otros; pero se sostienen, se hacen valer, y á pesar de la diversidad, y muchas veces del contraste de caracteres, no rompen jamás la unión, de tal manera, que hasta las mismas disonancias ocupan su lugar, y contribuyen á la armonía general?



Repeticion de la música.—Cuadro de madame Arman Leleux.